

de los sacerdotes y el entusiasmo de los pueblos.... El espíritu humano está desengañado de la antigua superstición. Si no se aprovecha este momento para guiarle y traerle al imperio de la razón, la masa general de los hombres, que tiene necesidad de esperanzas y de temores, se entregará á nuevas supersticiones» (1). La intención es excelente; desgraciadamente las religiones no se decretan como las leyes. Las creencias se preparan lentamente en la conciencia de la humanidad; cuando se han madurado se formulan en religión, y la religión llega á ser el principio de una civilización nueva.

El siglo XVIII no estaba llamado á fundar una religión. ¿Cómo habían de conservar los filósofos el sentimiento religioso, cuando estaban haciendo un supremo esfuerzo para destruir el cristianismo y toda religión? No veían en las creencias religiosas más que una obra de estupidez y de engaño. Á medida que se creían más cerca de su objeto, redoblaba su ardor. No los contenía ningún respeto. ¿Podían respetar lo que no conocían? Hacía siglos circulaba una injuria entre los incrédulos, pero injuria oral; nadie se había atrevido á imprimirla. Ya en la Edad Media se acusó á Federico II, emperador de Alemania, de haber llamado impostores á Moisés, á Jesucristo y á Mahoma. Después se habló de un libro de *los tres impostores*; pero el libro no había salido á luz. Solamente en 1777 se publicó, sin indicación del lugar de la impresión, el *Tratado de los tres impostores*. Esto era la quinta esencia de la impiedad. El insulto había sido lanzado primeramente por los cristianos contra Mahoma; en la ceguedad de su celo, no veían que podía dirigirse contra todo revelador, aún contra Moisés y aún contra Jesucristo. ¿Cuál es el testimonio que comprueba la misión del legislador judío? Sus milagros; pues bien, aquellos pretendidos prodigios no son más que groseros engaños. ¿Se quiere una prueba? exclama el incrédulo. Moisés supo persuadir á los Hebreos de que Dios los conducía de noche bajo la forma de una columna de fuego, y de día bajo la forma de una nube. Pues bien: era costumbre en los desiertos tomar por guías hombres que se encargaban de conducir

(1) RAYNAL, *Historia de los establecimientos de los europeos en las Indias*, t. IX, p. 36.

á los viajeros, y que encendían un brasero, cuyo fuego guiaba durante la noche, así como el humo durante el día. Hé aquí el milagro. Moisés mismo no creía en él, por supuesto: cosa curiosa, la Escritura misma consigna su incredulidad: en efecto, nos dice que Moisés rogó á su cuñado que viniese con los Israelitas para enseñarle el camino. Hé aquí el impostor cogido en flagrante delito (1).

La vida de Jesucristo no es más que un milagro continuo desde su nacimiento hasta su resurrección. Prueba, dice el incrédulo, de que es una impostura desde el principio hasta el fin. Se hizo seguir por algunos necios, á los cuales persuadió de que el Espíritu Santo era su padre y su madre una Virgen; aquellas buenas gentes, acostumbradas á sueños y consejas, creyeron todo lo que quiso hacerles creer. Toda su historia es por el mismo estilo; es una fábula despreciable, y, lo mismo que la ley, es un tejido de sueños puestos en boga por la ignorancia, sostenidos por el interés y protegidos por la tiranía.» Los defensores del cristianismo se maravillan de que su maestro no se dirigió más que á los pobres de espíritu, de que prefería rodearse de mujeres y de niños; ven en esto un milagro. ¡Gran prodigio, ciertamente! ¿No es cosa sabida que los pobres de espíritu, los necios, son las gentes más á propósito para dar crédito y divulgar las más absurdas invenciones del fraude? «No es, pues, maravilloso que Jesucristo no tuviese filósofos en su séquito; sabía bien que su ley no podía conciliarse con el buen sentido; por esto, sin duda, declamaba tan frecuentemente contra los sabios, á los cuales excluye de su reino, en el cual no admite más que á los pobres de espíritu y á los imbéciles: los espíritus racionales deben consolarse de no tener nada que ver con insensatos» (2).

### III.

Si los reveladores no son más que unos bribones, ¿qué diremos de los sacerdotes que explotan la impostura? Inspiraban á los in-

(1) *Tratado de los tres impostores*, p. 45 y sig.

(2) *Ibid.*, p. 52, 61.

crédulos esa aversion con mezcla de disgusto que sentimos hácia los estafadores, cuando hacen servir la religion para sus viles supercherías. Este soberano desprecio explica los arrebatos de Condorcet, filósofo tan tranquilo, que se suponía que no tenía pasiones. Tenía una pasión, la verdad, la libertad. Creía que los sacerdotes engañaban á los pueblos para dominarlos mejor. De aquí el ódio y la violencia de su lenguaje. En una carta á Turgot los llama canalla (1). Y no solamente en la intimidad de la correspondencia se permitía estas invectivas. Publicó las *Cartas de un teólogo* en vida de Voltaire. El patriarca de Ferney las elogió mucho, pero las encontró demasiado audaces. Se las atribuyeron á él, como le atribuían todos los escritos en que se atacaba al cristianismo. Voltaire se defendió con viveza, y deploró y hasta censuró un escrito tan imprudente. El rey de los incrédulos estaba al borde de la tumba: una generacion nueva iba á aparecer en la escena, la generacion de 1789 y 93; audaz como los Titanes, no retrocederá ante nada. Condorcet anuncia el advenimiento de estos hombres jóvenes, ardientes; escuchemos *al teólogo* filósofo que anonada á los sacerdotes:

«¡Acostumbrados á seducir al pueblo, quisierais armarle contra los filósofos! Los filósofos no van, decís, á los hospitales. No; pero quisieran que no hubiera necesidad de hospitales; y para esto, bastaría con anular las fiestas, suprimir los diezmos, no obligar al pueblo á alimentar con su sustancia la vanidad y la incontinencia del clero; al paso que vosotros permitís á los reyes que opriman á sus pueblos, con tal que os dejen entrar á la parte en su despojo. Los filósofos han hecho oír á los reyes los gritos del pueblo, y no han temido hablarle de sus derechos. ¿Y por qué han levantado la voz contra vosotros esos filósofos? Porque su alma, conmovida en demasía por la historia de vuestras atrocidades, no ha podido contenerse. ¡No! No habeis olvidado, puesto que ardeis en deseos de renovarlas, esas cruzadas contra los judíos y los Albigenses.... ¿Habian cometido aquellos infortunados más crimen que el haber osado resistirse al clero, y gemir en alta voz por su hipocresía y por sus escándalos?... ¡Cómo! desde los tiempos de Constantino

(1) *Obras de CONDORCET*, edic. de Arago, t. I, p. 254.

hasta los nuestros no ha pasado un solo día sin que os hayais manchado de sangre humana!... ¡Cómo! una supersticion tan absurda y tan cruel habia cubierto la tierra de tinieblas y de sangre! ¡Cómo! la raza humana, embrutecida, habrá llegado á ser juguete de una cuadrilla de hipócritas, que no dejaban á los hombres más que la triste eleccion de ser sus víctimas ó sus cómplices! ¡Y habrá que guardar cobarde silencio! Hablais del orgullo de los filósofos: no creais que puede haber gloria alguna en demostrar la falsedad de vuestros dogmas, de ese vil cúmulo de imposturas de que os alimentais; pero es un deber sagrado para todo amigo de la humanidad emplear contra una supersticion funesta todo su valor y toda su fuerza. Ya vuestro imperio está conmovido, pero vuestro espíritu es el mismo; no podeis ya oprimir, pero calumniais, sosteneis sin rubor los mismos absurdos; despojais al pueblo por medio de las mismas bribonadas... ¡Creed que miéntras estéis en situacion de hacer daño, habrá gentes que tendrán valor para perseguiros y arrostrar vuestra venganza!» (1).

Condorcet trazó el plan de una historia nueva. Se proponía descubrir en ella la impostura que se llama religion y los bribones que se llaman sacerdotes. En un fragmento de la primera época se lee que el oficio de los sacerdotes fué en todo tiempo forjar oráculos y profecías para venderlas. «Es una mezcla singular de entusiasmo y de charlatanismo. Pudiera sospecharse que son más bribones que entusiastas, cuando se los ve combinar tan bien los medios de esclavizar á los pueblos. El hombre no puede nacer, casarse ó morir sin el auxilio de sus ceremonias; quieren que el hombre en todas sus acciones se sienta sobrecogido por el temor de los dioses y los encuentre siempre entre los dioses y él. Este fué el origen de los sacerdotes, y su historia, continuada hasta nosotros, probaría cuán digno se ha mostrado siempre el sacerdocio, á los ojos de la justicia y de la razon, de la estupidez y malicia que habian rodeado su cuna» (2).

¿No tendrá fin esta impostura secular? Condorcet lo creía como toda la jóven generacion; exclama, dirigiéndose á los sacer-

(1) *Obras de CONDORCET*, t. V, p. 335-337.

(2) *Ibid.*, t. VI, p. 377.

dotes: «No esperéis ya más paz; una voz terrible ha sonado contra vosotros; se ha dejado oír de un extremo á otro de Europa, y la Europa no ve ya en vosotros sino los más ridículos y los más malos de los hombres. Vuestros gritos de furor no excitan ya más que risa, y son oídos ya con placer, como los rugidos de un tigre á quien se ha arrancado su presa. Se acerca vuestra caída, y el género humano, á quien por tanto tiempo habeis infectado con vuestras fábulas, podrá al fin respirar» (1). La Iglesia hoy se rie de estas vanas amenazas. Hace un siglo que se anunciaba como inmediata su ruina, y en 1793 se podia creer que habia llegado su última hora. Sin embargo, todavía vive y tiene la pretension de vivir hasta la consumacion de los siglos. ¡No se engria, sin embargo, la Iglesia con su resurreccion y su eternidad! Si es cierto, como creian los filósofos, y como nosotros creemos, que su pretendida divinidad no es más que una ilusion de la fe ó un cálculo de la política, se puede afirmar que está ya muerta; ¡qué importa que su cadáver tenga aún apariencias de vida! Si conserva una apariencia de vida, es gracias á la estupidez humana, fomentada por tanto tiempo por el clero y cultivada aún por el mismo donde tiene poder para ello. Es preciso quitarle este instrumento, y entonces tendrá fin su imperio.

En el siglo XVIII no era esta la situacion. Voltaire limitaba su ambicion á los *hombres de bien*; no le faltaba mucho para creer que el pueblo necesitaba una supersticion. Los materialistas tenian una fe más viva en su falsa filosofía; el sentimiento que los inspiraba era exacto, pero su doctrina no era á propósito para hacer la educacion de las masas. Condorcet es de la opinion del baron d'Holbach; dice que *de todos los errores perjudiciales, la opinion de que hay errores útiles á la humanidad es el más peligroso y germen de todos los demas* (2). ¿Cómo no han de ser los hombres ignorantes y supersticiosos? Se confia su instruccion y su educacion á los sacerdotes interesados en conservar y perpetuar la supersticion y la ignorancia que la produce. En el siglo pasado fueron suprimidos

(1) *Cartas de un teólogo* (CONDORCET, t. V, p. 337).

(2) CONDORCET, *Disertacion sobre este punto: si es útil á los hombres el ser engañados* (Obras, t. V, p. 389).

los jesuitas; pero esta supresion dejó un inmenso vacío en la enseñanza; la sociedad laica no estaba preparada para encargarse de esta obra, que habia tenido la culpable imprudencia de abandonar á una orden religiosa. Ocurrió la idea de confiar la educacion de la juventud á otra congregacion. Condorcet se indigna ante tan obstinada ceguedad: «Es, dice, como si los Caribes cambiasen la costumbre de aplastar á lo ancho las cabezas de sus hijos, por la de aplastarlas á lo largo; no por eso serian ménos imbéciles» (1). La comparacion, aunque injuriosa, tiene un fondo de verdad incontestable. Sí; para impedir que la religion ilustre á los hombres, se la deforma cuando está blanda como la cera. «Los sacerdotes, escribe Condorcet á Voltaire, tratan al género humano lo mismo que Dalila á Sanson; lo privan de sus fuerzas, lo dejan ciego y lo entregan á sus tiranos.» ¿Qué debe hacerse, pues, para emancipar á los hombres del yugo del error y de la mentira? Es preciso quitar á la Iglesia toda accion sobre la enseñanza; es preciso conducir á la infancia y á la juventud por el camino de la verdad, en lugar de educarla para las prácticas de la supersticion. Citemos las palabras de Condorcet, que tienen aplicacion en nuestro siglo: «Acostúmbrese á la exactitud el espíritu de los jóvenes por medio del estudio de las ciencias exactas; no se les den acerca de la moral más que las ideas que nunca haya negado ningun hombre de buen sentido, y con esto basta para su conducta comun; de este modo se habrán cerrado todas las puertas al error, y la verdad se arraigará sin dificultad en su ánimo cuando la busquen. No hay ninguna verdad, por acreditada que esté y aún creida por los hombres más razonables, que no les pareciese ridícula, si la hubiesen oido por primera vez á la edad de diez y ocho años» (2).

Nos hace gran falta volver á las tradiciones del siglo pasado. Es verdad que los incrédulos se engañaban al decir que la religion no tiene más principio que el temor, ni más fundamento que la cre-

(1) *Carta á Voltaire de 1774* (CONDORCET, Obras, t. I, p. 29-32).

(2) CONDORCET, *Disertacion sobre este punto: si es útil á los hombres el ser engañados* (Obras, t. V, p. 381).

dulidad y la estupidez de los hombres. Se engañaban también al decir que todo sacerdote es un impostor. Nos hemos curado de estas exageraciones; pero ¿no hemos incurrido en el exceso contrario? ¿No tenemos una confianza ciega en la educación dirigida por curas ó frailes? Nunca hubo más extraña aberración. Hay hombres que no creen palabra de los dogmas cristianos, que no ven en ellos más que error y fraude; ¡y confían sus hijos á los que enseñan el error y explotan el fraude! Digámosles con Condorcet, que el creer que el error es útil, benéfico, es el más funesto de los errores. Indudablemente la religión es una necesidad del alma, que hay que satisfacer, pero también el alimento es una necesidad para el cuerpo; ¿se deduce de aquí que se le debe dar veneno bajo forma de alimento? En Roma los augures no podían mirarse sin reírse. También nosotros tenemos nuestros augures. Cuando las religiones han llegado á tal punto de decadencia, no son ya más que una traba para la marcha de la civilización; dar á los que tienen interés en detener al género humano la misión de hacerle progresar, ¿no es el bello ideal del absurdo?

Es necesario una moral, se dice, y no hay otra más que la que se apoya en la religión. Esta es la rancia preocupación que hay que desarraigar. Los que más interés tienen en defenderla vienen en apoyo de los libres pensadores. Si hubiéramos de hablar en nuestro nombre, remitiríamos á esos padres que tanto interés manifiestan por la moral religiosa, á las vistas de los tribunales; allí verían á esos maestros de moral acusados y convictos de haber corrompido á los niños que tenían misión de moralizar! Pero aquí no somos más que narradores; hay que oír lo que piensa Condorcet de la religión y de la moral. Condorcet no quiere religión alguna, pero quiere conservar la moral; por mejor decir, rechaza la religión, precisamente porque tiene pretensiones sobre la moral: «Se ensalza, dice, la moral introducida por impostores. Pero esa moral ¿es mejor que la de Platon, Epicteto, Marco Aurelio, Ciceron y Séneca? ¿Cuán inferiores á las obras de los filósofos son esos códigos de moral religiosa, cuando se los lee sin prevención! ¿Cuántas máximas falsas, exageradas, se encuentran en ellos, á veces propias para envilecer á los hombres, á veces capaces de for-

mar entusiastas inútiles ó perjudiciales para la sociedad, de destruir las virtudes útiles y activas!» (1).

Se dice que los filósofos no tienen moral ó que la destruyen: «Sí: exclama Condorcet dirigiéndose á sus adversarios, han combatido la vuestra, y ¿no han librado á los hombres del yugo de una moral bárbara, que les prohíbe como un crimen el único bien que puede hacer agradable la vida, de una moral abyecta que les manda complacerse en la humillación y en los ultrajes, de una moral que permite á los sacerdotes degollar á los enemigos de su fe y les prohíbe tener mujeres legítimas; que lleva al paraíso á los asesinos de los reyes herejes, y al infierno á los lectores de Bayle; que funda todos los deberes de los hombres en un cúmulo de cuentos tan ridículos como desagradables; que, haciendo á los sacerdotes jueces de la moral, no admite más virtud que la que es útil á los sacerdotes, ni más crimen que lo que les perjudica? Pero la moral que enseña á ser humano y justo, que ordena al hombre poderoso que considere al débil como su hermano; la moral fundada en la benevolencia natural del hombre hácia su semejante, ¿qué filósofo la ha atacado? ¿Denunciáis los filósofos á los príncipes! ¿Es porque han osado decir que los príncipes han recibido del pueblo su autoridad, y que no deben emplearla más que en beneficio del pueblo? ¿Es por haber osado recordarles esos derechos de la naturaleza, de que ningún contrato puede despojar á los hombres?» (2).

Nada más exacto que esa crítica de la moral religiosa. Pero Condorcet, como todo el siglo XVIII, se ha equivocado al confundir la religión con la falsa copia que tenía á la vista, y al rechazar toda especie de creencia religiosa. Hemos dicho ya que ese exceso es el vicio de la filosofía del siglo pasado. La moral filosófica no basta para las necesidades de la humanidad. Establece admirablemente los deberes de los hombres, pero no les enseña nada acerca de Dios, ni acerca del destino futuro del hombre. En esto tiene que intervenir necesariamente la fe. Si nuestra existencia en este mundo, abstracción hecha de una vida futura y aún anterior, no se con-

(1) CONDORCET, *Disertación sobre este punto: si es útil á los hombres el ser engañados* (Obras, t. V, p. 367).

(2) CONDORCET, *Cartas de un teólogo* (Obras, t. V, p. 333-334).

cibe, puesto que no es más que un eslabon de una cadena inmensa, ¿no es evidente que al limitar el destino del hombre á este mundo, se da de él una falsa idea, y por consiguiente se vicia la moral misma? Habia, pues, algo de incompleto en la doctrina de los libres pensadores; por esto, á pesar de su desinterés y sacrificio, á pesar de su amor á la humanidad, fracasaron.

¿Es esto una razon para rechazar su herencia? No; es preciso continuar su obra, es preciso emancipar á la humanidad del yugo innoble de la supersticion. No hay más que un medio para esto, y es dar á los hombres creencias más puras que las que la filosofía rechaza como supersticiosas. Tal es la mision del siglo XIX y del porvenir. Este trabajo, que se va realizando insensiblemente en la conciencia humana, encuentra una doble oposicion. Los partidarios del cristianismo tradicional pretenden que la religion es imposible fuera de la revelacion, y los incrédulos dicen que toda religion es una mentira. En otra parte examinaremos esta cuestion inmensa; no la hay más capital. Por el momento basta observar que los hechos que tienen lugar á nuestra vista responden á las objeciones de los ortodoxos. Hay un movimiento racionalista en el seno de las dos confesiones religiosas que existen en el mundo occidental, en el mosaismo y en el cristianismo. Los judíos y los protestantes avanzados rechazan toda revelacion sobrenatural, milagrosa; ¿dejan por eso de tener una religion? No, seguramente, pero la religion se modifica y se trasforma. Esto responde igualmente á los escrúpulos de los libres pensadores. Entren en un templo de unitarios, escuchen el sermon de un rabino de la nueva escuela, no encontrarán ya rastro de la supersticion que les es tan odiosa, y con razon, y sin embargo, el sentimiento religioso sigue conservando gran vivacidad. La religion es, pues, posible, sin elemento sobrenatural, sin impostura, sin engaño.

Hay ademas otro hecho muy importante, que debe llamar la atencion del observador, y es la reaccion religiosa que ha seguido á la incredulidad del siglo pasado. Despojándola de lo que tiene de ficticio y de superficial, podrá decirse con verdad que es un testimonio de que el sentimiento religioso es necesario al hombre. Es preciso darle satisfaccion; de otro modo se lanza á la religion del pasado á todos aquellos que no han conseguido formarse convic-

ciones acerca de los grandes problemas que han de ser siempre el tormento del espíritu humano. Pero la religion del pasado no satisface ya á aquellos que tienen en algo su razon y desean la libertad de pensar. ¿Qué resultado pueden dar, pues, tanto el sistema de los incrédulos como el de los ortodoxos? Se tendrá una religion que no consiste más que en supersticiones para las clases inferiores, para las clases que no piensan, y no habrá ya fe, á no ser individualmente entre los hombres que piensan. ¿Es este el ideal de la humanidad? Esto es dividir al género humano en *canalla* y *hombres de bien*. Esto era bueno para el siglo XVIII; en el XIX las tendencias son más democráticas, más generosas, y cada vez lo han de ser más. El movimiento es irresistible, y reobrará tambien sobre la religion. Reivindicamos para todo hombre la libertad política; pero ¿qué es la libertad política cuando la razon es esclava? Es necesario, pues, libertar la razon de las cadenas que la oprimen. Esto quiere decir que se necesita una fe que se concilie con la razon; ¡la fe es el pan de vida de la humanidad!